

horror, es que tenían antes por costumbre, principalmente en la gran ciudad de Tenochtitlan, sacrificar todos los años á sus dioses mas de veinte mil personas.»

Otros, refiriéndose á los inmolados en todo el imperio, tambien anualmente, consignan que su número ascendia á cincuenta mil. Segun el entendido escritor D. José de Acosta, jesuita español (1), habia dia en que, en diversos puntos de la nacion mejicana, se sacrificaban cinco mil, y en alguno hasta veinte mil. El cronista real de las Indias, D. Antonio Herrera, estima en veinte mil el número de víctimas anuales, y algunos creen que á esta cifra es á lo que subian solo las sacrificadas en el monte de Tepeyacac.

El apreciable escritor mejicano D. Francisco Clavijero, que escribió á fines del siglo pasado, dice que «el número de veinte mil, que es el que se cree acercarse más á la verdad, si se comprenden todos los individuos sacrificados anualmente en el imperio mejicano, no le parece excesivo;» «pero lo juzga exagerado si «como preténden algunos autores, se limita á solo los niños, á los sacrificados solamente en el monte de Tepeyacac ó en la capital.»

Solamente el padre las Casas, mas recomendable por sus preclaras virtudes y sus sentimientos filantrópicos que por su criterio, difiere de todos los escritores en ese punto, reduciendo el número de víctimas á la menor cifra

(1) D. José Acosta, que supo conquistar con sus obras un buen lugar en la república de las letras, despues de haber vivido por espacio de muchos años en ambas Américas, recogiendo noticias importantes de las personas mas caracterizadas, escribió la *Historia natural y moral de las Indias*, impresa por primera vez en Sevilla en 1589, y reimpressa en Barcelona en 1591. La obra fué traducida á varias lenguas en Europa.

imaginable. «No sé, dice con este motivo el ilustre Clavijero, por qué el señor Casas, el cual en sus escritos se vale contra los conquistadores del testimonio del señor Zumárraga y de los primeros religiosos, se oponga á ellos tan abiertamente en cuanto al número de los sacrificados.»

Conocido el carácter noble y recto del señor Zumárraga, su amor á la verdad y el deber de dar exactos informes al ministro general de la órden; examinadas las cifras que los autores mas caracterizados han presentado, y teniendo en cuenta el sano criterio del ilustre historiador mejicano, D. Francisco Javier Clavijero, se puede asegurar, sin temor de incurrir en el defecto de exceso, que el número anual de víctimas sacrificadas á las funestas deidades en todo el imperio mejicano, ascendia á veinte mil.

Parece á primera vista que con los millares de individuos sacrificados anualmente, la poblacion hubiera ido decreciendo sensiblemente hasta quedar reducida á muy pocos habitantes, en lugar de ir creciendo, como realmente crecia; pero pronto la razon viene á convencer de que el número de víctimas no podia producir el resultado creido. Obligados por la ley á casarse los hombres de veinte á veintidos años, y las mujeres de diez y siete á diez y ocho; existiendo la poligamia en aquellos pueblos, y mirándose la esterilidad como una desgracia, era lógico que la poblacion creciese notablemente en habitantes, sin que el número de sacrificados pudiese igualar al de nacidos.

Meditando sobre los sangrientos actos que referidos quedan en las anteriores páginas, causa dificultad creer que pueblos que se hallaban íntimamente adheridos á

esas costumbres, pudiesen presentar nada que arguyese la mas ligera idea de civilizacion y de cultura.

Los sacrificios humanos y una forma regular de gobierno, parecen incompatibles en una sociedad; antagonistas que se rechazan, que no pueden unificarse jamás; y sin embargo, en la nacion mejicana, se presentaba el fenómeno de esa unificacion, de esa amalgama de costumbres disímbolas. Tenian las hórridas hecatombes de hombres, de mujeres y de niños; y presentaban, al mismo tiempo, leyes, reglamentos, costumbres, máximas morales, literatura, ciencias y gobierno, que le daban derecho al título de adelantada y culta, relativamente. Además de las fiestas de cada mes á los dioses tutelares, tenian otras muchísimas particulares, y ceremonias diarias que, por fortuna, no exigian mas que oblacones de resinas aromáticas, para incensar los ídolos, de pan, de aves y de flores.

Todos los días, momentos antes de que apareciese el sol en el horizonte, se situaban algunos sacerdotes en el átrio superior del templo, vuelto el rostro hácia el Oriente, con el fin de ver el primer rayo del astro principal, y teniendo cada uno de ellos una codorniz viva en la mano. En cuanto el luminar del dia dejaba ver su esplendorosa luz, le saludaban con los acordes de una música, para ellos melodiosa, y cortando las cabezas á las codornices, se las ofrecian, incensándole acto continuo con oloroso copal y aromáticas resinas delicadas. Nueve veces al dia se repetia la incensacion al astro rey: cuatro, desde su aparicion hasta su puesta, y cinco durante la noche. A los ídolos se incensaba cuatro veces al dia; al amanecer, al medio dia, al descender al ocaso, y á las doce de la no-

che. A la incensacion última, asistian los sacerdotes mas caracterizados, y la ceremonia de incensar la desempeñaba el sacerdote á quien tocaba el turno.

En los dias comunes las oblacones eran de flores, de frutas, de aves, de plantas y de resinas aromáticas, con que el público manifestaba á sus dioses su amor y su reconocimiento.

La idea religiosa, era la dominante en aquella sociedad.

En todas las casas habia incensarios para incensar á los ídolos particulares que en ellas tenian. Nada se hacia sin incensar primero á los dioses. Los jueces incensaban á sus ídolos, hácia los cuatro vientos cardinales, antes de pronunciar cualquier sentencia ó resolver algun punto; los padres de familia, en sus hogares, al ir á empezar sus negocios; y los sacerdotes en el templo, para dar principio á sus oraciones.

Respecto del alma, los mejicanos creian en su inmortalidad, y se imaginaban tres mansiones diversas, cuya belleza y esplendor estaba en relacion con los méritos de los que dejaban de existir. El sitio privilegiado y refulgente, que brindaba una eternidad de goces inefables, estaba reservado para las venturosas almas de los guerreros que morian heroicamente en el combate, ó que, cayendo prisioneros, expiraban en la piedra de los sacrificios con la serenidad del valiente. Creian con toda la fuerza de una fé viva, que las felices almas de esos patrióticos seres, que sucumbian vertiendo su sangre en las batallas, pasaban instantáneamente al espléndido y reluciente palacio del sol, á quien acompañaban en su brillante carrera por los cielos, entonando himnos de dulcísima melodía, y go-

zando entre las nubíferas glorietas de sus miríficos jardines, bienes sin término y dichas sin guarismos.

Reservada estaba para las mujeres que llegaban á morir al dar á luz al tierno fruto de sus amores, la misma deliciosa mansion. Cuatro años habitaban el brillante alcázar del astro de la luz, mirando resbalar su plácida existencia envuelta en una superabundancia de felicidad que excedía á lo imaginable, pasando á animar al expirar su plazo, las blancas y flotantes nubes y los canoros pájaros de brillante plumaje, libres siempre para remontar su vuelo por las etéreas salas, bien para vagar por las deliciosas florestas, las selvas, los lagos y los perfumados pensiles que transforman la tierra en un oasis de delicias. Pero esta brillante transmigracion solo estaba reservada á las almas de los nobles y de los grandes. Las almas de los plebeyos, oscuras como la existencia de los humildes séres que animaron, iban á habitar los asquerosos cuerpos de los escarabajos, de los sapos, de las lagartijas y de los inmundos reptiles. ¡Ni en la otra vida se les concedía á las personas del pueblo una habitacion decente para sus almas! La transmigracion debia ofrecer poco atractivo á la plebe.

A la mansion del sol, destinada á los intrépidos guerreros, seguía otra de felicidad negativa, pero siempre de felicidad, que se llegaba á alcanzar, no por medio de la práctica de meritorias obras, sino por la casualidad de haber sucumbido víctima de un rayo, de hidropesía, úlceras, tumores y de otras dolencias igualmente penosas. Para compensar los sufrimientos causados por las caprichosas enfermedades en sus cuerpos, iban sus almas á la morada de Tlaloc, dios del agua, en cuyo fresco y delicio-

so sitio se les obsequiaba diariamente con opíparos banquetes, en que lo selecto de los manjares competía con lo exquisito de los vinos. Las almas de los niños sacrificados á la expresada divinidad del agua, á quienes su inocencia y su temprana muerte parecía darles derecho á delicadas venturas, risueños paraísos, animadora música y deleites celestiales, pasaban á habitar esa misma mansion del dios Tlaloc, en cuyas fiestas se les habia arrancado de un mundo que apenas conocian.

El lugar destinado á los individuos que morian sin haber dejado en la tierra huella ninguna de patrióticas virtudes, de honradez ó de moral, se encontraba en el centro de la tierra, y era conocido con el nombre de *Mictlan* ó infierno. Sin embargo, ese lugar, á donde se temía descender al abandonar la vida, no era un sitio de expiacion ó de terribles castigos, sino de tristeza y de silencio, donde la pena consistía en vivir en perpetua oscuridad.

El mismo don de inmortalidad concedían á las almas de los animales, y por eso, cuando moría algun individuo, sacrificaban, como he dicho, un perrito, para que enseñase en el otro mundo el camino á su amo.

Los otomites, por el contrario, creían que el alma de todos los séres moría con el cuerpo.

Número En relacion con el crecido número de dios-
de sacerdotes. ses, estaba el de sacerdotes. Solamente en el templo principal de la ciudad de Méjico habia cinco mil, y á un millon ascendía la cifra de los que se contaban en todo el imperio.

Para que la cifra de ministros del altar arrojase esa enorme suma, existían motivos altamente poderosos. Sa-

tisfacian primeramente el sentimiento religioso, que era el mas pronunciado y dominante en aquella sociedad, donde los actos de la vida política y social estaban íntimamente unidos á la religion; y rodeaban en segundo lugar al individuo de consideraciones y respetabilidad comparables solo á las que disfrutaban las mismas divinidades á quienes estaba consagrado.

Todos dedicaban á sus hijos, hasta cierta edad, al servicio de la iglesia. Los nobles de primera clase, los señores y hasta los mismos reyes, dedicaban por algun tiempo á sus hijos al servicio de los templos, por la honra que á las familias les resultaba de tener séres empleados en algun acto de servicio hácia sus celestes divinidades. A ellos les tocaba incensar los idolos y cuidar los altares. Los hijos de la nobleza menos elevada, eran los que llevaban la leña al templo, barrían, atizaban el fuego sagrado, cuidando de que no se extinguiese, y desempeñaban otros cargos análogos.

El sacerdocio no era perpetuo y los sacerdotes eran casados. El sacerdocio entre los mejicanos no era perpetuo, sino por determinado tiempo que los que lo abrazaban se proponian, bien para cumplir una promesa, bien por devocion, bien por alcanzar el favor de sus dioses. Sin embargo, habia individuos que se consagraban por toda la vida.

No excluia tampoco el sacerdocio el casamiento. Todos los ministros del altar eran casados, excepto los que se habian entregado para siempre al servicio de los dioses, aunque ignoro si se hacia extensiva á ellos la poligamia. Durante el tiempo que dedicaban á las obligaciones del ministerio religioso, se abstenia de toda otra mujer que no fuese la legítima, y cuando se encontraban con alguna

extraña, bajaban honestamente la vista para no mirarla. La incontinenca, durante la época en que el sacerdote estaba de servicio en el templo, era castigada con marcado rigor. En Teotihuacan era entregado al pueblo y matado á palos por éste, de noche, el ministro del altar á quien se le probaba que habia faltado al deber de castidad.

El traje que usaban era el mismo que llevaban los demás mejicanos, sin otro distintivo que un velo negro de algodon, que ostentaban en la cabeza. Pero no todos iban de esta manera. Los que habian hecho voto de una vida austera y mortificada, vestian traje negro, que era el ropaje que llevaban los demás sacerdotes de las naciones conquistadas y anexas al imperio mejicano. Los cabellos, que á muchos les colgaban hasta las piernas, porque nunca los cortaban, los llevaban entrenzados con gruesos cordones de algodon, untados de tinta, formando una voluminosa trenza embadurnada con el negro y asqueroso líquido mencionado, no menos estorbosa para el sacerdote, que repugnante nos pareceria hoy á nuestros ojos, aunque no lo parecia así á la vista de aquella sociedad de diferentes costumbres á las presentes.

Los sacerdotes se embadurnaban el cuerpo. A estos asquerosos embadurnamientos diarios de tinta, agregaban otro mucho mas repugnante, siempre que tenian que hacer algun sacrificio en las montañas ó en las oscuras cavernas en que podian habitar animales feroces ó venenosos. Cogian escorpiones, culebras, lagartijas, arañas, gusanos y diversos reptiles, y quemándolos en un sitio determinado del templo, colocaban las cenizas en un mortero de piedra, donde mezclándolas con hollin de una madera resinosa llamada

ocotl, con insectos vivos, yerbas y tabaco, hacian una masa nada seductora para la vista ni para el olfato. Pero la preocupacion reviste de atractivo y de virtudes los objetos mas innobles, y aquella confeccion encerraba para los sacerdotes aztecas, encantos y virtudes sobrenaturales. Convencidos de la excelencia de la extraña confeccion, llenaban con ella bruñidos vasitos, y despues de presentarla á los dioses, se untaban todo el cuerpo, emprendiendo en seguida el camino á los sitios mas peligrosos, con la firme fé de que ni las fieras de los bosques, ni las culebras de las montañas, ni los animales ponzoñosos de las cavernas les podian hacer ya el mas leve daño.

Pero no solamente atribuian á la confeccion referida, la virtud de librar á los sacerdotes que con ella se ungian, de ser atacados por los animales dañinos y feroces, sino que le atribuian el don eficaz de curar todas las enfermedades, por cuya razon la aplicaban á los enfermos y á los niños. Aquella untura era considerada como la panacea de todas las dolencias físicas; y como acontece con todas las cosas que han logrado alcanzar por el consentimiento general alguna reputacion, aunque estén los hechos muy lejos de corresponder á su fama, á pesar de que ningun enfermo sanaba por la eficacia de ella, le llamaban *teopatli*, esto es, *medicamento divino*.

A los alumnos de los seminarios les estaba encomendada la tarea de coger los asquerosos animales para la milagrosa confeccion, así es que familiarizándose desde muy niños con el manejo de ellos, los cogian despues sin temor ninguno, haciéndolo todo sin la mas ligera repugnancia.

Habia diversas jerarquias en los sacerdotes. Estaban establecidas en el sacerdocio diversas jerarquias. Los sumos sacerdotes ó jefes supremos eran dos, cuya alta dignidad solo se conferia á personas de ilustre nacimiento, notables no menos por sus virtudes como por su saber. Su nombramiento se hacia por eleccion, aunque se ignora si ésta era hecha por los sacerdotes ó por los que elegian á la suprema dignidad política del reino. Ninguna providencia importante tomaba el monarca, sin consultar antes con ellos, que eran verdaderamente los oráculos de los reyes. Aunque investidos ambos del elevado carácter de cabezas de la religion, existia sin embargo alguna diferencia que establecia una distincion entre los dos, como lo indica el nombre de *señor divino*, que daban al uno, y el de *gran sacerdote* con que era denominado el otro. El *señor divino* ó primer sumo sacerdote, era ungido entre los totonacas, y lo mismo se cree que sucedia entre los mejicanos, con sangre de niños, á cuya ceremonia le daban el nombre de *uncion divina*. La dignidad de sumo sacerdote nadie la obtenia en el reino de Acolhuacan mas que el hijo segundo del rey. A él solo le pertenecia el honroso distintivo que le colocaba en el primer puesto de los ministros de las diversas divinidades. Los sumos sacerdotes eran los que ungian á los monarcas despues de su eleccion. Los hombres sin cuyo parecer jamás declaraba el rey la guerra á nacion ninguna, y los que, en fin, tenian como un distintivo de honor en los ritos sangrientos de su funesta religion, abrir el pecho y arrancar el corazon á las víctimas humanas ofrecidas á sus monstruosos ídolos en las solemnes festividades.